

61

Cosquillas

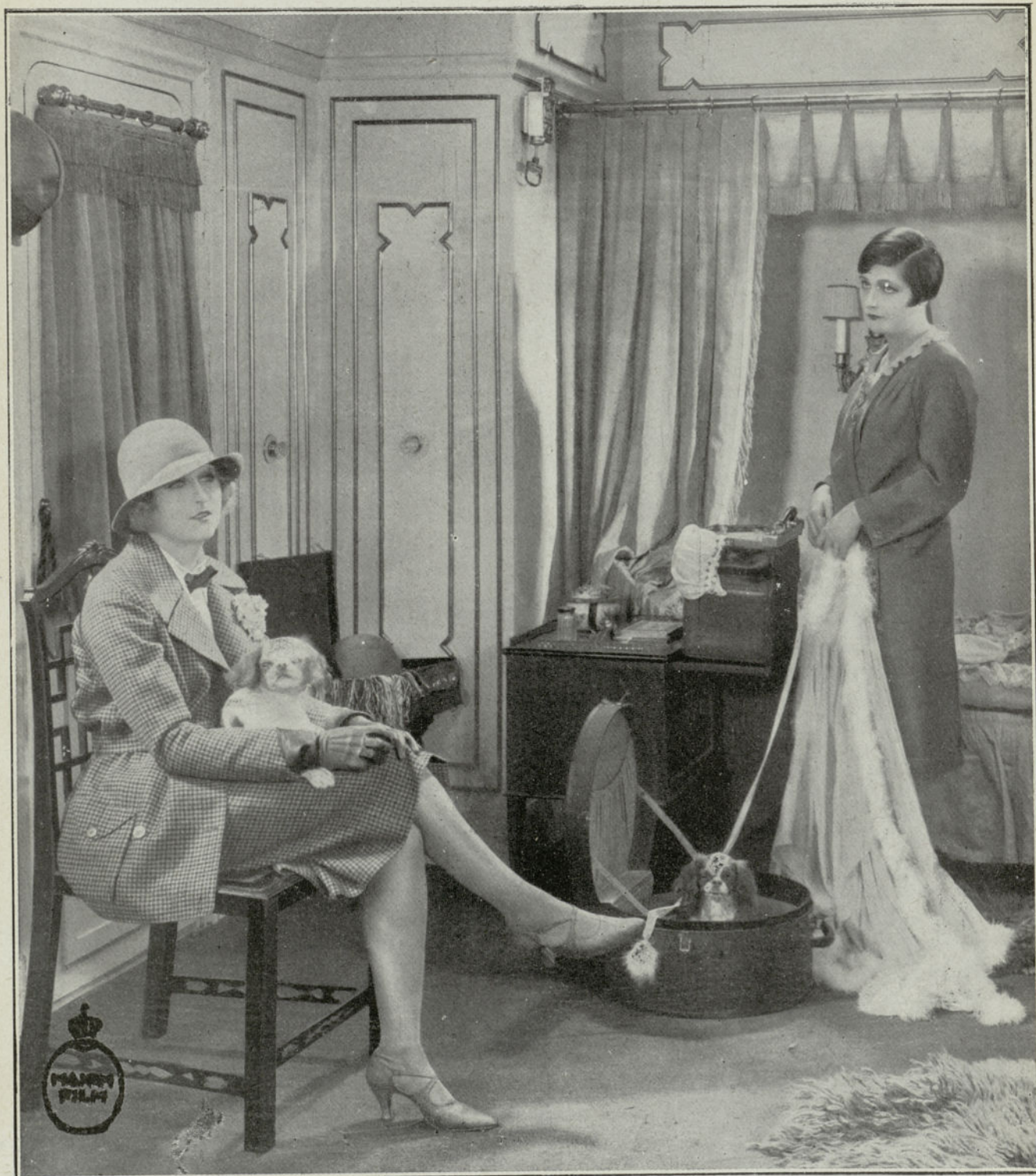
30 céntimos



—¡Ay! A mí me da miedo consultar a las margaritas por si me sale que no...

—Porque no sabes. Yo cuento las hojas antes...

(Dib. de Picó.)



Interesante *foto* de la graciosa película de la casa Ernesto González, titulada *La señorita que no sabe decir que no.*

(Fot. Ernesto González.)

R4918



COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Administración:
EDITORIAL 1927
Oficinas: Campomanes, 12
APARTADO 8.032
Precio del ejemplar: 30 cts.
Director: INCORDIEZ



Año II Madrid, 26 de Noviembre de 1927 Núm. 61

Despedida

Queridos lectores de COSQUILLAS: No tengo más remedio que ahuecar, y me voy. Me voy transido, pero me voy. COSQUILLAS desaparece en pleno éxito, cuando el público había decidido dedicarle todas sus sonrisas y toda su calderilla; cuando el compañero corresponsal aumentaba el paquete; cuando yo tenía ya una importancia de personaje por mis desvergüenzas y procacidades; cuando ya había adquirido a plazos un Citroën a la medida; cuando... (¿Cuándo terminará este pelmazo?, dirán ustedes). Cuando ya tirábamos de once a treinta y dos millones de ejemplares.

“La Editorial 1927; después de una faena corta y ceñida, le sacude un volapié a COSQUILLAS, en el cual volapié me ha dado a mí en la equivalencia del morrillo, y hemos quedado los dos, COSQUILLAS y yo, para el arrastre.

Los redactores de COSQUILLAS no sufren en sus intereses, porque muchos de ellos pasan a formar la redacción de *Varieté*, la gran revista cómica y de espectáculos que aparecerá en la primera semana de diciembre..., y en la que yo no puedo ser más que ¡el ordenanza!; sí, señores y señoras y tal cual señorita: el ordenanza nada más. Es para lo que he quedado..... (Estoy llorando que me mondo en todos estos puntos suspensivos)... ..

Ya me he quedado seco de tanto llorar.

Demetrio, no tan hipócrita como Alvarito Retana (¡caray qué pena!), pero sí algo, me ha dicho que soy demasiado procaz y chabacano para colaborar en *Varieté*, y me ha dado ocho pesetas como indemnización, y

me ha arrojado a la calle. Solamente después de mi súplica por quedarme de lo que fuese, me ha dado la plaza de ordenanza de la nueva revista... ¡ingrato! ¡Después de los éxitos de pasillo que le he proporcionado por esos teatros del diablo!

Porque han de saber ustedes que, a lo mejor, se le acercaba una segunda tiple de esas ojigarzas y cadi-reampulosas, preguntándole intriguada: “¿Quién es Incórdiez?”, y él contestaba: “Soy yo”...

¡Bueno; no quiero detallar algunos episodios!

Así es que ya lo saben ustedes, a quien quiero tanto y tanto debo: desde este momento soy el ordenanza de *Varieté*; soy el encargado de recoger las cartas del Apartado, y

cuando menos, en ese cometido serán ustedes servidos con todo cuidado; las cartas que envíen ustedes, las llevaré desde el Apartado 8.032 hasta la mesa del director, con todo esmero, y... ¡cuando quieran ustedes algo difícil, escríbanme a mí!, y... cuando vean a Alvarito Retana, tírenle un troncho...

Vuestro,
INCÓRDIEZ
Ex director de COSQUILLAS y ordenanza de *Varieté*. (¡¡¡Se compran botellas y sifones!!!)

Este número ha sido visado por la censura

Toda la correspondencia al Apartado 8.032



El médico.—Se trata de una afección moral. ¿Qué le ha sucedido para encontrarse tan postrada?

El marido.—No sé... ¡Como no sea por el temor a que vuelvan las faldas largas!...





Espejo de vejetes

El suceso ha acaecido en América. Los ciudadanos de Michita—Estado de Kansas—son muy dados al espiritismo. Uno de los más exaltados devotos de la eutrápica teoría es un rico granjero de setenta y un años que se llama Seybold. Fuerte, pese a su edad, Seybold es lo que aquí se llama “un viejo verde”. Le gustan las muchachas a morir, y es fama que las doncellas de Michita le hacen carañitas para ver de atraparle—el vejete es soltero—, y de atrapar su bolsa, bien repleta.

Pero Seybold no es tonto. Y, además, es avaro. Quiere ello decir que el matrimonio, a sus años, le parece una solemne majadería cuando no una temeridad. Ganas de perder la salud y el dinero.

Y así, el buen Seybold se conformaba con retozar al sol con alguna robusta granjera sin pasar a mayores y sin otro dispendio que el de unas modestas arracadas o un pañolito lindo, como pago a las complacencias de la favorecida...

Pero, he aquí que en una sesión espiritista, al conjuro de una “medium” llamada Mrs. Nelli Moore, hembra de agradable rostro y de buen trato, se apareció a los ojos de Seybold, radiante de hermosura, una “mujer espíritu” que respondía por Sarah...

Prendado de ella al punto, Seybold la pidió en matrimonio. (Los espíritus ni comen, ni beben, ni visten, ni gastan. Desde el punto de vista económico, Seybold entrevistó un buen negocio.) La “medium”, en diálogo con Sarah dió al viejo el dulce “sí” con la condi-

ción de que su espíritu habría de materializarse, para los trances amorosos, en el cuerpo de Nelli Moore, bien dispuesta a prestarse al enlace entre la novia de ultratumba y el pretendiente septuagenario.

En efecto, cumplió su palabra. En sesión solemnísimamente realizóse la boda. La novia ultraterrena se apareció radiosa... Seybold la hizo ofrenda de flores. (Las flores, en efecto, son lo más indicado para los difuntos. Además, se cotizan más baratas que los brillantes y que el jamón serrano.)

Y comenzó la vida matrimonial. Cuando Seybold, concomido de amor y de deseos, apetecía a su esposa, llamaba a Nelli Moore y,

tras las invocaciones pertinentes, comenzaba el diálogo...

Pronto el rico granjero pudo convencerse de que Sarah, la esposa inmaterial, había adquirido gustos dispendiosos... So color de que cuanto se hiciera por la “medium” redundaba en su honor, pedía bellos vestidos, joyas, espléndidas meriendas... ¡hasta algún dinerito!...

Por fin Sarah obligó a John Seybold a efectuar por cuenta de la “medium” pagos que se elevaban a sumas grandes.

A fin de darle ánimos, ella le tendía en la obscuridad sus manos luminosas, en las cuales Seybold depositaba cuanto se le pedía...

Hasta que sospechó. Sospechó de la “medium”, a la que acaba de entregar a los jueces como presunta autora de una estafa de unos miles de dólares.

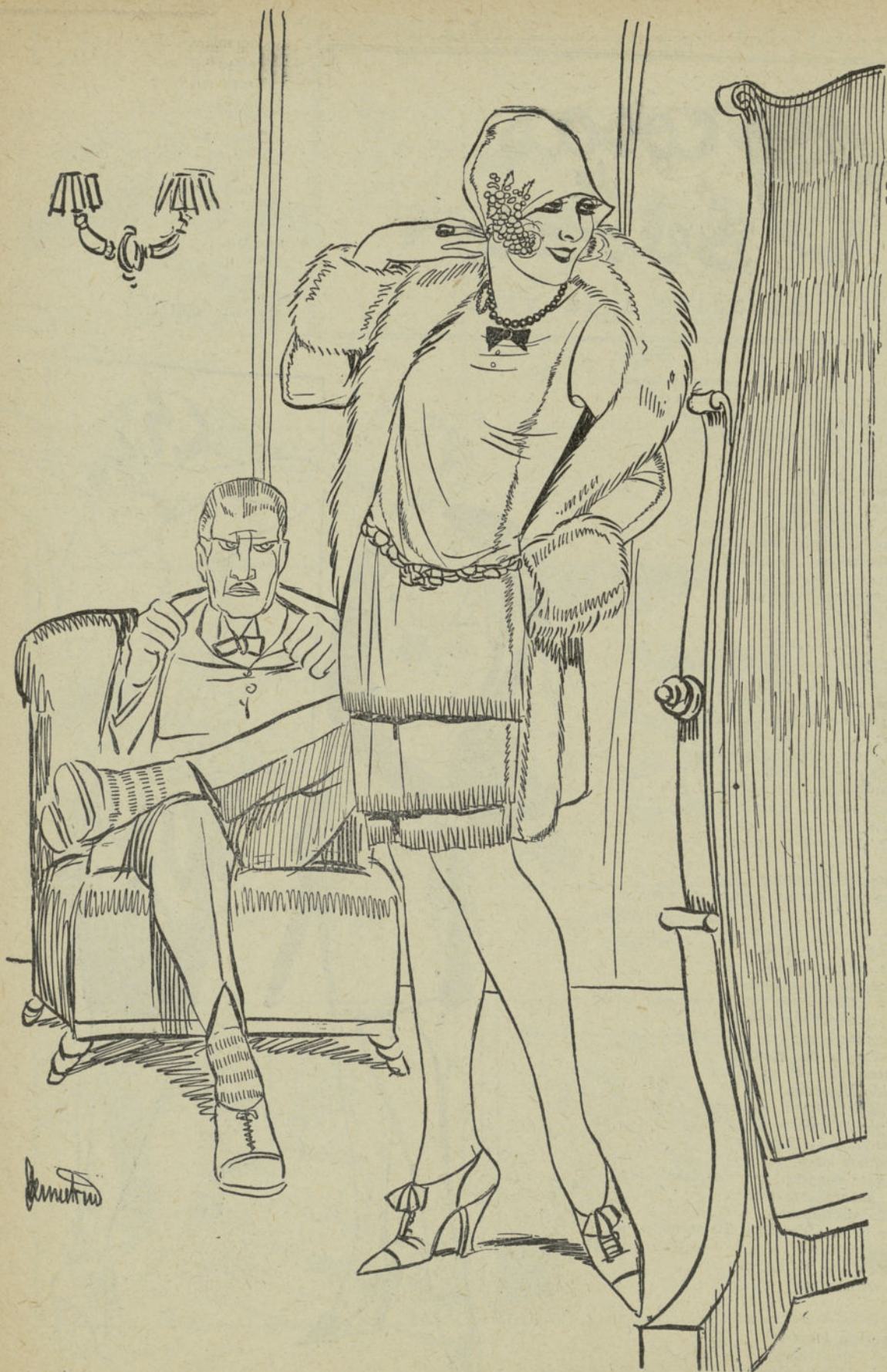
De Sarah no se queja. El sigue amando a Sarah tiernamente. Pero Sarah no ha vuelto a aparecersele. Los espíritus tampoco quieren nada con la gente roñosa...

Y así, el septuagenario ha venido a parar en que a su edad, por rico y fuerte que se sea, lo mejor es dejarlas tranquilas. La más espiritual—el mismísimo espíritu de la hembra más pacata—termina por sacarles el dinero...

LEOPOLDO BEJARANO.



—Aquí tienes, hijo mío; pero no quiero que te arruines con mujeres.
—Pues entonces, no me des el dinero, papá. Porque al primer hombre que me pida un duro, lo abofeteo.




Demetrio

ACHARES, por DEMETRIO.

El.—¡ Pues no creas que no he recibido yo, pero que muchas declaraciones!
Ella.—¡ Para eso eres uno de los mejores secretarios de Juzgado!

Biblioteca Regional de Madrid



Cosas de Belorcio

Mi adiós a la vida

¡ay, de mí!...
¡Esto se va!
¡Y esto soy yo!
¡¡Ah!!
¡¡Oh!!
¡¡Siento mi carne pochá!!
¡¡Esto se acaba hoy!!
¡¡Y me voy
sin despedirme de Torremocha!!
¡Hay que ver cómo soy!
Pero
muero...
¿Por qué?
¿Qué se yo?
¡¡Oh!!
¡¡¡¡La diñé!!!!

BELORCIO.

(Lucubración supradrealista.)

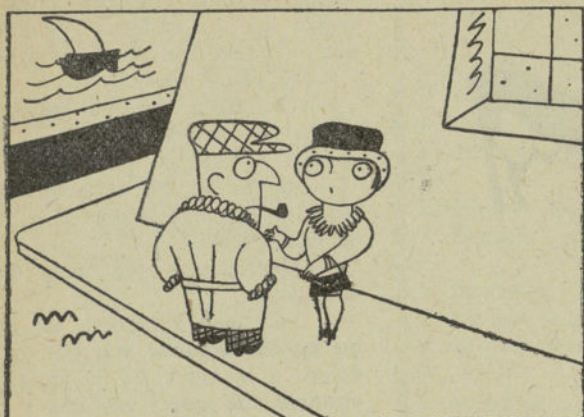
Muero.
Trema mi pluma por la vez postrera,
antes de que, definitivamente muera,
quiero
que mi hálito postrero
y mis gélidos sudores
sean pródidas semillas
que en mi preultratúbico lamento
vayan como ológrafo testamento
a los colaboradores
de COSQUILLAS.
¡Abur, "Demetrio" querido!
A tí te dejo,
pero,
viejo
amigo fraternal, coruscante y preferido,
mi espíritu... ¿Para qué?
¿Para qué sirve el espíritu, tonto?
Pues para hacer un poco de café
de pronto;
para quitar un lamparón inopinado.
A mi dilecto Fidel Prado,
por su entusiasmo, por su celo,
por lo perennemente acertado
de su labor, le dejo el pelo,
pues entre el mío y el suyo,
arguyo
de una manera aplastante,
porque me parece a mí que no es ninguna
[simpleza,
que, para una sola cabeza,
posiblemente, es bastante.
A Mihura, se me figura
que las mejores donaciones
que puedo hacerle, son mis intenciones,
de orientación noble y pura;
que las gentes
han de hallarlas preferentes
a las intenciones de un Mihura.
A Leopoldo Bejarano,
¡oh, donoso y juvenil hermano
mayor!, por si quieres
abarcas a todas las mujeres
en prietísimos lazos,
te dono y te condono mis insaciables brazos.
¡Y da a las mujeres guerra
prodigando tus amores-
Pero, por la testa de Agre, Bejarano, no me
[llores
porque me coma la Tierra.
¿Qué le dejaría yo
a Picó?
Nada.
Con la pericia lograda
en el arte "demetrio",
ya tiene bastante, hermano.
Y al llegar aquí,
siento venir a la Implacable,
a la Pálida, a la Fría,
¡oh, miserable!
¡ay, su tía!



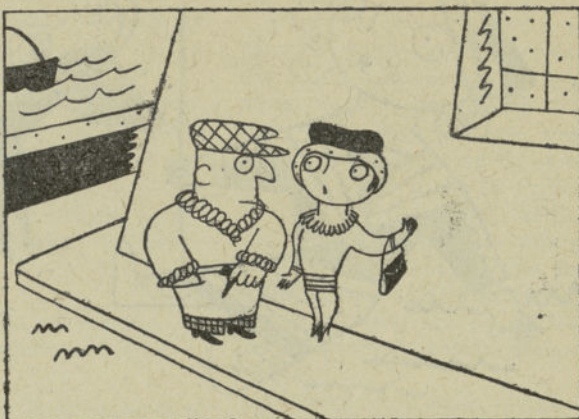
CONFIDENCIA, por Picó.

—¿Quién yo? No me conoces querida. Yo no me hubiera vuelto a casar
si no se hubiera muerto mi marido.

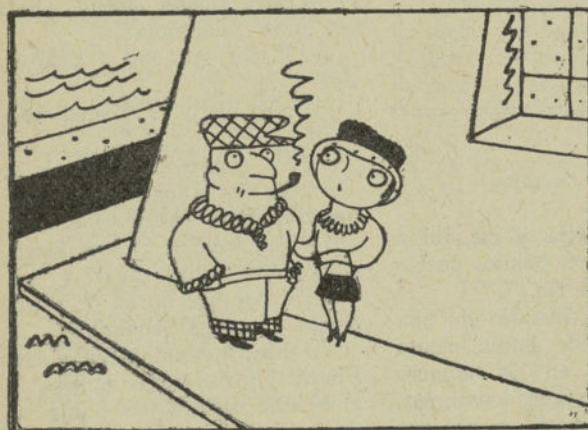
EL DETECTIVE, por Mihura



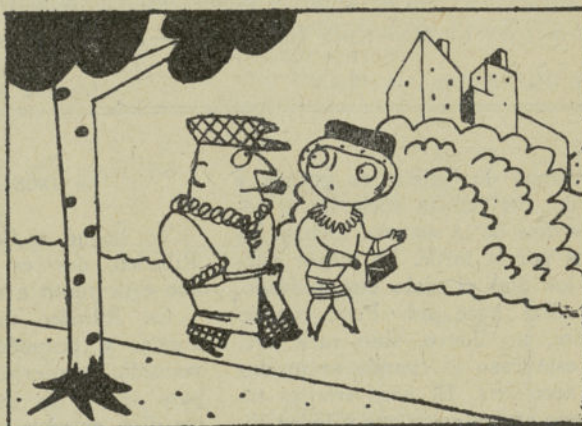
—¡Oh! Mire usted mister Waston. Usted que es un gran detective... Me he enterado que mi marido tiene una amante...
—Me lo figuraba.



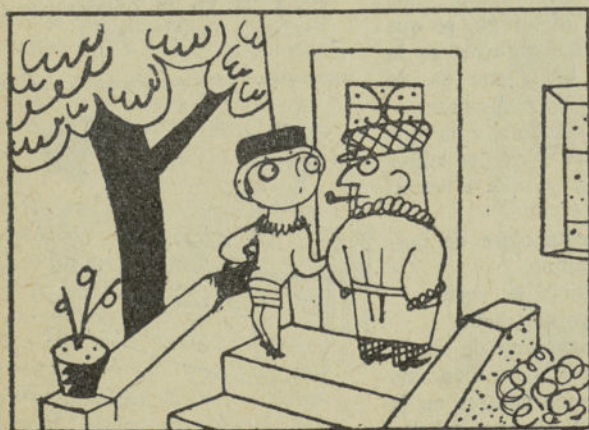
—Y ¡yo quería que usted viniese conmigo a sorprenderlos...
—¡Oh! Lo sabía.



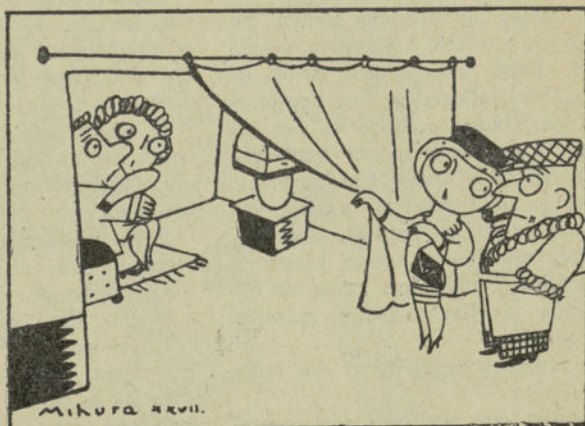
—Porque yo quiero mucho a mi marido...
—Yo lo sabía.



—La casa está aquí cerca.
—Me lo sospechaba.



—Yo tengo una llave...



—¡Dios mío! ¡La amante de mi marido es la mujer de usted, mister Waston! ¡Es usted tan engañado como yo...
—¡Oh, no! ¡Yo lo sabía!



Viajando en primera

La mujer gallega

Su encanto.—Sus cabritas.—Sus ovejitos.—Sus borreguitos.—Sus conejitos.

El campo de Galicia es grande y es verde. En Galicia suele llover todos los días de la semana, incluso los sábados por la tarde. La mayor parte de los días el cielo está nublado. Otros días hace sol. Pero cuando hace sol, no llueve, sino rara vez. Y en este caso es cuando se produce el arco iris. El arco iris es un fenómeno atmosférico que ustedes conocerán seguramente y que, por eso, no me entretengo en explicarlo. Pero si alguno de ustedes no lo conoce, le ruego que se lo pregunte a su padre.

Las casas de Galicia tienen un piso o dos o tres. A veces tienen cuatro. Para subir a los pisos de arriba, los gallegos y los Registradores de Hacienda, utilizan las escaleras. Las casas tienen ventanas, que sirven para ver lo que hacen los vecinos y para tirar a la calle las mondaduras de las patatas. Frecuentemente, una gaita suena lejana y melancólica y mal. Los curas de esta región no llevan nunca mantilla de madroños.

Las mujeres suelen tener dos muslos.

Supongo que por esta sentimental descripción, todos los lectores que hayan estado en Galicia se habrán dado cuenta de lo que es aquello.

Pues, bien; sigamos.

LA IRONÍA GALLEGA

Yo llegué a Galicia y me fui a Ribadeo, que es un bonito pueblo que está junto a un río.

En Ribadeo me instalé en una fondita, y después de hacer ciento veintidós agujeritos en los tabiques para ver a las huéspedes contiguas, me dije, en vista que veía menos que un atacado de cataratas: "Voy a echarme una novia gallega para contarles a mis lectores mis impresiones sobre estas mujeres".

Como yo he visto "Maruxa" una vez que me invitó un amigo, sé que el tipo clásico de las gallegas es la que cuida ovejas o la que da de mamar a los niños de tres meses.

Y me decidí a estudiar a la que cuida ovejas, porque a mí los niños me molestan mucho y más si están mamando.

Para conocer a esta clase de mujeres me fui al campo.

El campo de Galicia es verde.

Bueno. Esto ya lo he dicho.

En el campo vi una lata de sardinas vacía, y una muchacha con una vara en la mano, unos colores en la cara que daba gusto, y una cabrita al lado que la miraba con expresión idiota.

Y entonces yo me acerqué a la joven y preguntela:

—¿Usted es gallega?—Porque a lo mejor era de Torrelodones y yo perdía un tiempo precioso, como Artemio.

Ella me miró ruborosa, y como es sabido que las gallegas responden a una pregunta con otra, me dijo:

—¿Y si lo fuera?

—¡Oh, nada, es una curiosidad! ¿Usted ha nacido aquí?

—¿Y por qué no iba a nacer aquí?

—No. Si yo no la quiero decir eso. La preguntaba que si es usted de este pueblo.

—¿Quería usted que fuese del de al lado?

A mí, aquella manera de hablar me estaba cargando más que un verdulero a la burra de un amigo. No obstante, me mordí una uña y seguí muy fino:

—¡Oh, no! A mí me da igual. A mí, las gallegas me gustan mucho sean de aquí o sean de Guadalajara. ¿Usted se dedica a cuidar cabras?

—¿Cree usted que son borregos?

—Claro. Bueno, bueno. ¡Está usted muy coloradota!...

—¿Y por qué iba a estar amarilla?

—Claro claro. Y ¿usted tiene novio?

—¿No quiere usted que le tenga?

—¡Oh por Dios! ¡A mí qué más me da! Pero contésteme ahora en serio. Sin ironías. ¿Tiene usted relaciones con algún zagal?

—¿Y por qué no ha de tener relaciones un zagal conmigo?

Yo dije: "¡Maldita sea el Heno de Pravia!" y me cabré mucho. Porque a aquella señora no había manera de hablarla.

Estuvimos dos o tres horas con ese diálogo idiota hasta que, al fin, la cogí el truco, que es sencillísimo:

Y la pregunté:

—¿Y si yo la quisiera a usted?

—¿Sería usted capaz?



El.—¡Pero chica...! ¿En qué restaurant has visto que el que da de cenar pague?

—¿Capaz de qué?
 —¿No me ha entendido?
 —¿Y por qué no la iba a entender?
 —¿Es usted sordo?
 —¿Y usted un refajo?
 —¿Por qué me lo pregunta?
 —¿Yo la he preguntado?
 —¿No era usted?
 —¿Tiene usted hora?
 —¿No tiene usted reloj?
 —¿Cree usted que lloverá?
 —¿No ve usted que hace sol?
 —¿Es de día?
 —¿Está usted sordo?
 —¿Tiene usted paraguas?
 Y la hice polvo.
 A mí ironías.
 ¡Vamos hombre!

IDILIO GALLEGO

Ella se echó a reír y yo la pedí relaciones y un pitillo que se me había caído al suelo. Y ella me dió el pitillo y me dijo que pensaría lo de las relaciones.

He dicho repetidas veces en mis numerosos y castos artículos, que esto de las novias, no lo digo por presumir. Todo lo que yo digo es absolutamente falso. Pero es que si yo no digo estas cosas no habría medio de escribir artículos relativamente galantes y yo, como los empleados de la estación del Norte, no tengo más remedio que ganarme la tortilla de patatas, que es mi plato favorito.

Pues bien. Yo sostuve relaciones amorosas con la guardadora de cabras que, como es natural, se llamaba Carmiña.

¡Y conocí a la mujer gallega!

El primer día me cogió una mano y me llamó "riquiño", mientras una gaita sonaba dulcemente a lo lejos y mientras el agua caía en menudas gotas.

El segundo, me cogió la otra mano y me dijo "vidiña", mientras las esquilas de los borreguitos sonaban monótonas.

El cuarto, me puso un carrillo junto a la solapa y me preguntó:

—¿Querrás mucho, Migueliño?

El quinto, mientras seguía lloviendo, me dijo todo esto:

—¡Oh, meu querido, va a parecerme mentira el día que nus casemos... (porque yo la había ofrecido darla un paseo en lancha por el Retiro y casarme). El día que tengamos nuestra casita allá en Porto-Cariño, la tierraña de mis abueliños... El día que yo salga de los brazos duros de mi madrastra, que

me pega y me hace pasar fame, y caiga en los tuyos fuertes y nobles que me resguardarán de meus penas y de los peligrinos de esta vía...

—¿De qué vía, salada? ¿De la de la estación?

—¡De la vidiña, Migueliño!

Y seguía lloviendo y un fulanito por no sé dónde, tocando la gaita.

Y una humedad que le hacía a uno polvo.

Estuvo un mes diciéndome "vidiña", "cariño", "pobriño" y "pestiño".

Y lloviendo.

Y tocando la gaita un fulanito.

Y sonando las esquilas de las ovejitas.

Y oyéndose a lo lejos unas canciones que decían así:

Estrelliña do luceiro
 queu ten amores non dorme
 seuan o souo primeiro.

A mas anda que desanda
 anda que desaparece;
 queu ten amores non dorme;
 queu no-nos ten adormece.

Y yo me adormecí con tanta dulzura.

Al otro día, para hablar con mi novia me llevé un colchón y una almohada y empecé a tomar el café sin azúcar.

Y un día que llovió más, que sonaba la gaita con más frecuencia, que había más borreguitos y que mi novia me dijo dulcemente "riquiño" tres veces seguidas, me entró un sueño, que cuando me desperté estaba en el Hospital de la Princesa, de Madrid, rodeado de mi familia y de varios galenos, que me dijeron que tenía un ataque de diabetes horrible, y que si no me había muerto ya, era, porque, casualmente, los de las Pompas Fúnebres se habían declarado en huelga.

Y ahora estoy en la cárcel.

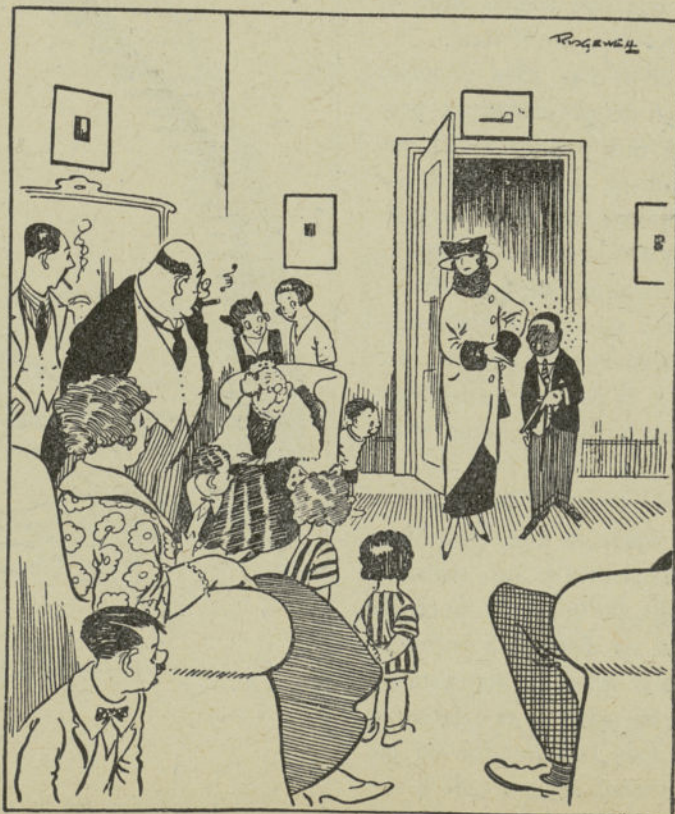
Estoy en la cárcel porque la otra tarde vi a un señor comiendo un merengue de fresa y le di un tortazo. Y a un amigo mío que puso una pastelería le pegué un tiro.

¡Ah! Y porque antes de ayer vi que en Lara ponían una comedia de don Manuel Linares Rivas, y le prendí fuego al teutro.

Yo cuando me enfado soy terrible.

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)



—Les presento a ustedes al mayor de mis hermanos.



El dueño de la casa.—
¿Cuándo estará arreglada la cañería? Porque no hay agua en toda la casa.

El fontanero.—Aguarde un poco, que estamos leyendo lo de las inundaciones.

Una película moderna

¡Es un encanto! Sobre todo, si el rol principal corre a cargo de una actriz guapa, y si está montado con todos los adelantos que la cinematografía moderna ha conquistado para sus creaciones. ¡Ya lo creo que es divertida una película de esas de gran metraje que se anuncian como una obra de gran espectáculo y a cuyos estrenos acude la gente bien con la fruición y el interés con que acudía antes al *début* de un divo en el Real.

Hace pocos días tuve el gusto ¡y grande! de presenciar la proyección de una película en la que la protagonista, si no es una actriz excepcional, como mujer pueden añadirle todos los ceros que quieran. ¡Retaguardia, qué señora!

Y ocurrió algo que me sorprendió en extremo; algo que me hizo sospechar si la película tendría algo de inmoral, porque... ¡verán ustedes!

Hay una escena en la que la actriz, que, como ya dije, es de una belleza excepcional y asaz turbadora, le apaga de un soplo la cerilla con la que se dispone a encender su cigarro el actor protagonista; y cuando le ha apagado el cigarro, le dice, con más redaños que un jabato, que aquel apagón quiere expresar que le pide un ósculo.

Y cuando él, galante y enamora-

do, pone en práctica el deseo de ella, lo hace tan a lo vivo que el elegante público que llenaba la sala bramó como lo hubiera ejecuta-

do el del ya derribado cine de La Flor.

En otro momento de la película se repite el bramido del elegante público, y yo, entonces, protesté airado... pero tan ahogada fué mi protesta que nadie se enteró, por lo que me alegré sobremanera.

Me hubieran lynchado tal co-

EN LA PROXIMA SEMANA

VARI

LA REVISTA HUMORISTICA
MAS GRACIOSA

30 CEN



—¡Qué bien me ha dejado las uñas la manicura!... ¡Qué lástima que me la

mo estaban de enardecidos unas y otros, al verse descubiertos en aquel momento de desahogo bestial. Porque pongo en conocimiento del amable lector que aquello se puso que daba pena. ¡Rediez con la gente bien! Yo creía de buena fe que esa clase social que quiere una moral para su uso, se reportaba en

público para dar ejemplo; ¡pero sí, sí! Se conoce que el alto precio de la localidad, aquella tarde, había sido suficiente barrera para distanciarse del vulgo, y había que ver a las *niñas bien*, sofocadas y chillonas como Menegildas en libertad, alborotando y haciendo comentarios casi en voz alta; y a ellos, comentando las más escabrosas escenas de la película, con las más expresivas palabras.

¡Que a mí me pareció la película de perlas y brillantes, no cabe la duda más microscópica! Pero lo



El perro (Por el que va huyendo).—
¡Este debe ser el de las morcillas del otro día!

ANA:
VARIETÉ
REVISTA DE GRAN COMI-
DAD Y MAS BARATA
30 CENTIMOS



de las destroce en la cara de Juan cuando venga!

(Dibujo de Picó.)

que me pareció sencillamente repugnante fué el hacerme la cuenta de que si aquella gente hubiera sabido que la atrevida película se hubiera proyectado en un cine de barriada, de esos concurridos por la plebe, hubieran pedido con enérgicas palabras la cremación del cine.

Una *niña bien* le decía a su amiga en estas *arroyuelas* palabras:

“¡Ni na ni na es el gachó ese besando! ¿Te has fijado cuando entorna los ojos y se va arrimando poco a poco? ¡Para idiotizarse!”

Y la otra respondía chascando la lengua:

“¡Para liarse el edredón a la cabeza!”

(TELÓN CORTO)

NO DEJEN DE COMPRAR
VARIETÉ
REVISTA DE GRAN COMI-
DAD, 30 CENTIMOS.

EDITORIAL 1927. APARTADO

8.032



Un borracho

Don Anacleto sube, a las tres de la madrugada, la escalera de su casa en busca de su cuarto. Aunque parece que va solo, va acompañado. Lo acompaña una respetable papalina que adquirió, sin saber cómo, en el círculo. Es decir, sabiendo cómo desde luego, porque fué empina que te empina el codo hasta que el alcohol se le subió a la cabeza, hasta que la cabeza se le bajó al alcohol, cosa ambas posibles.

La papalina, ahora que sube por la escalera, muestra de súbito una tendencia muy acentuada a la quietud y al sosiego. Don Anacleto ha de forzarla para que suba con él, y, de resultas de esta lucha, el equilibrio va desapareciendo. El sereno le ha dado un cerillo. Don Anacleto contempla su llamita sonriente, y apacible. La ve vacilar y la ampara con la mano. Decididamente, el cerillo le ha inspirado un cariño extraordinario. Aparta un punto la vista de él para fijarla en los peldaños. Las aristas de éstos parece que se reblandecen, se doblan y se desdoblan, se curvan y se contorsionan, con lo cual, don Anacleto no acierta a posar los pies sino tras múltiples e inestables vacilaciones. De pronto, observa su sombra grotesca tendiéndose sobre los desasosegados peldaños, doblándose sobre el baranda como si fuese a suicidarse y yéndose luego a resbalar por las paredes en una fuga inverosímil. Sobre las paredes, don Anacleto ve transformarse su caricatura de cien diversos y grotescos modos.

—¡Qué mala sombra tengo!—exclama ingenuamente.

No la tiene, desde luego, muy buena. Nunca, sin embargo, lo confesó tan lisamente. Y es que, con el vino, se descubren hasta los secretos más íntimos.

Don Anacleto sigue subiendo; de súbito, el cerillo le quema los dedos, por lo cual ha de tirarlo y verlo expirar con un lastimero chirrido. ¡Pobrecillo! ¡Así pasa la gloria del

mundo! El cerillo, poco antes estrella luciente, sólo es un pábilo inmundado, que se retuerce exánime sobre un frío peldaño. ¡No somos nada! Con el mosto, con la oscuridad y con la filosofía, don Anacleto es menos que nada. Va de la barandilla a la pared, vuelve a la pared a la barandilla, piensa que sube cuando baja, baja cuando piensa que sube... Posa una vez el pie sobre un cuerpo blando que chillá. Piensa que se le erizan los cabellos, sin recordar que es calvo; pero en seguida comprende y murmura con voz trémula:

—Hermana rata, perdona...

Se engolfa en mil disquisiciones acerca de la fraternidad universal y le invade una ola de ternura por todo lo creado, hasta que tropieza de cara con una puerta. Detiéndose entonces, y la realidad se le impone.

—Yo era un hombre—exclama para sus adentros—que venía a acos-



—Señorito son las tres de la tarde y le traigo el almuerzo...

—¿Las tres? Pues tráeme también el desayuno, porque al estómago no hay que andarle con bromas.

tarme. Ahora bien, para acostarme he de entrar en mi cuarto, y para entrar en mi cuarto he de abrir antes su puerta... Aquí está... Esta es, seguramente...

Requiere la llave don Anacleto y palpa y palpa la madera ahincadamente hasta dar con la cerradura. Ya la tiene bajo la mano siniestra. La agarra temeroso de que se le escape. ¡Oh, sí! Hay cerraduras fugitivas hechas para atormentarnos. La llave, en tanto, no pasa ni con mimo ni con violencia. No pasa, no pasará nunca. Como que no es aquel el cuarto de don Anacleto... Cuando nuestro hombre cae en la cuenta, es feliz unos momentos. Se ríe mucho. ¿De qué?... ¿De sí mismo?... El no lo sabe a punto fijo; pero continúa riéndose. Hasta que se le cae la llave. Era fatal. Tenía que suceder. A todos los borrachos les ocurre siempre esta honda tragedia. Don Anacleto se acurruca y tiente el suelo en torno suyo durante un buen rato. La llave no aparece. Repentinamente a nuestro hombre se le ocurre una feliz idea.

—¡Mis... misito... mis!...—murmura como si llamase a un gato—
¡Llave... llavecita, ven, ven!...

¿Chaladura? Sí, tal vez. Pero es el caso que a los pocos segundos, la llave había vuelto a la mano de don Anacleto. Este es un hecho irrefutable, y ante los hechos... Debo advertir, no obstante, que no por eso crean ustedes que yo me propongo preconizar semejante procedimiento. ¡De ninguna manera! Para ello, tendría que aconsejarles también que se emborrachasen previamente, y ¡eso nunca!... Por lo menos, hasta que yo haya abierto una taberna...

Volvamos, pues, a don Anacleto. Nuestro hombre, ya en posesión de la llave, ha reanudado pacienzudamente la busca de su cuarto. Cada vez siente más apremiante la necesidad de acostarse. La cabeza parece darle vueltas; los pies es como si se independizaran de su voluntad. ¿Sube?... ¿Baja?... ¿Da rodeos en el mismo lugar?... ¡Ay! No lo sabe él mismo, y ¡vamos a saberlo nosotros! Lo que podemos afirmar es que ya en dos o tres ocasiones intentó abrir otras dos o tres puertas sin lograrlo.

Desespera don Anacleto de dormir aquella noche en su cama, cuando, al fin, llega de nuevo a una puerta. La llave—¡qué satisfacción!—, entra en la cerradura limpiamente. La puerta cede a su empuje. Don Anacleto entra en seguida, la cierra cuidadosamente y, allí mismo, en el recibimiento, sin buscar siquiera el

conmutador, se despoja del sombrero, que cuelga en el vacío, puesto que rueda por el suelo, y del abrigo y de la bufanda, que van a hacer compañía al sombrero... ¿Qué importa?... Don Anacleto darse cuenta de ello y exclama:

—El perchero o el suelo, ¿qué más da?... Lo importante no es que rueden, sino haber cerrado bien la puerta para que no puedan marcharse... Y lo más importante aun es dar con la cama y tumbarse en ella... “Me

caigo de cansancio y de sueño... ¡Ah! No somos nada... ¡Y que digan luego por ahí que el hombre, ¡yo, por ejemplo, es el rey de la creación!... ¡Buena pinta de rey debo tener ahora mismo!... ¡Como no sea de rey de copas!...”

Andando muy quedo, don Anacleto ha conseguido llegar hasta la alcoba. Se quita la chaqueta, el chaleco, los tirantes, la corbata y todo lo deja caer al azar, seguro de que allí habrá de encontrarlo a la mañana



—¿Y por qué está usted ciego y cojo?
—Por una mujer.
—Quedaría usted así de un duelo...
—No, señora. Fué de una clínica

Dib. de Montero Bosch.



El.—¡Vaya no llores más porque te perdono!

Ella.—¡Qué generoso eres!... ¿Y cuando te marchas otra vez?

Dib. de Byron.

siguiente. De súbito, sin embargo, la luz de la habitación se enciende. Una mujer da un grito, incorporándose en una cama.

Don Anacleto, que a poco da también otro grito, se dirige a ella y le dice campanudamente:

—¿Quiere usted explicarme, señora, lo que hace usted en mi alcoba?

La mujer se arroja del lecho y se echa sobre los hombros un amplio abrigo. Por debajo de él asoman sus piececitos desnudos como de nácar; por encima de él emerge su cabecita, en cuya linda faz se dibuja una mueca de susto; de su mitad surge de pronto la sierpe morena de uno de sus brazos. Y su voz, rota su música por espasmos de cólera, exclama:

—Usted, caballero, es el que debe explicarme cómo llegó hasta mi alcoba. Aunque no hace falta. Nuestras

cerraduras, por lo visto, son iguales, y su estado, bien patente, hizo lo demás. Porque no quiero suponer que le hayan guiado aquí otras intenciones...

Don Anacleto advierte, conturbado, su equivocación y contesta:

—A mí, señora, no me guía más intención que la de dormir un poco. La aurora se avecina, el sol prepara su haz de antorchas flamígeras, y... y...

—Y váyase a su casa cuanto antes... ahora mismo...—le interrumpe la mujer.

—Es, señora, que no la encuentro, créalo usted.

—Pues no puede ser más sencillo... Usted, bien lo conozco, es un señor que vive solo en el tercero... Este es el primero, de manera que saíe usted a la escalera, sube dos pisos y, justo encima de éste, está su cuarto... Márchese, hombre, márchese...

Don Anacleto contempla a la mujer, contempla a la habitación con mirada inexpresiva. Piensa en la escalera. ¿Ha de perderse de nuevo en su tenebroso laberinto?... De su frente mana un sudor frío y agonioso. Las piernas se le doblan, los ojos se le entornan contra su voluntad. Sus últimas fuerzas las emplea en decir a la mujer, que permanece enhiesta ante él:

—¡Hay, señora!, una manera de arreglarlo todo. Puesto que usted sabe tan bien el camino de mi cuarto, tome la llave, súbase a él y duerma en mi cama... Porque yo, señora, no puedo más y, con su permiso, voy a echarme en esta... ¡Muy buenas noches!... ¡Que usted descanse!... Haga el favor de apagar la luz... ¡Gracias!...

Dicho lo cual, don Anacleto sin despojarse de más ropa, déjase caer en el lecho pesadamente. Y antes de que la dama vuelva de su asombro, inicia un ronquido nasal profundo, sonoro no exento de una gracia rítmica de óboe enternecido...

José A. LUENGO

FOTOGRAFÍAS GALANTES RARAS

Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correo

Pedid a **Excelsior**, Poste Restante Central

BORDEAUX (FRANCIA)



¡Qué rabia! Este escritor todo lo arregla con los puntos suspensivos.

Dib. de Picó.

¡Cómo pasa el tiempo!

¡Hay que ver cómo va la pitusa
d'hinchada y de güeca!
¡Hay que ver cómo s'echa p'alante
cuando llega una tarde de fiesta,
y se viste los trapos de gala,
y se da mandolina en la oresta,
y se pone las botas de tafi,
y se calza las medias de seda,
y se ciñe el mantón a la espalda
con aires de reina!...
¡Hay que ver cómo pasan los años
sin darse uno cuenta!...
¡Hay que ver cómo empujan p'al hoyo
estas mocosuelas!...

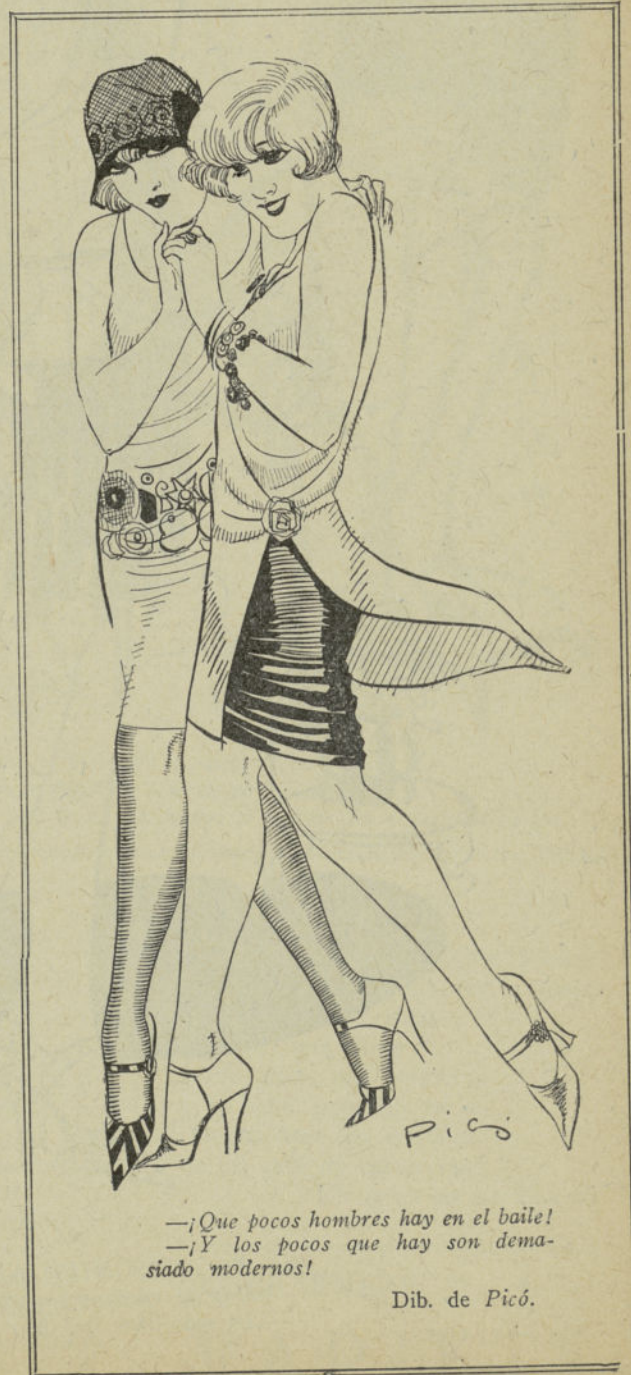
Señor: ¿es posible
qu'esta moza marchosa y flamenca
que s'usa por ojos dos arcos voltaicos
y tiene por labios un par de cerezas
sea aquella pitusa raída
qu'iba siempre atusada a la greña
con la ropa hecha un pingo talmente
y la cara toa llena de lepra?

Pero, ¿es esta moza
la chavala aquella
que corría detrás de los coches
pa subirse montá a la trasera
y que s'iba a jugar con los chicos
en lugar de marcharse a la escuela
y el jabón lo miraba con asco
y la aguja le daba jaquecas?
¡Hay que ver cómo cambian los tiempos!
¡Hay que ver si este mundo da güeltas!
Hoy ya no es la rapaza pringosa
que jugaba al cané en la Ribera
y se daba trompás con los chicos
y ni arrastras pisaba la escuela.

Hoy es una moza
muy formal y seria
qué se lava tres veces al día
si es preciso, y se arregla y se peina
y se viste con faldas muy largas
pa que no se la vean las piernas
y no corre detrás de los coches
pa subirse montá en la trasera.
Ahora acude a un taller donde gana
pa poner el puchero a su vieja
y a sus tres hermanitos pequeños
que puén esconderse bajo una cazuela.
Ahora tiene un mocito garboso

al que quiere con todas sus veras
y que va hasta el taller toas las noches
a buscarla no seá que se pierda.
Hoy es ya una mujer con pupila,
c'arquirío en la vida experiencia
y chanela unas maijas del mundo
y tié flato de tanta decencia...
¡Hay que ver cómo pasan los años
sin darse uno cuenta!...
¡Hay que ver cómo empujan p'al hoyo
estas mocosuelas!...

FIDEL PRADO.



—¡Que pocos hombres hay en el baile!
—¡Y los pocos que hay son dema-
siado modernos!

Dib. de Picó.



¡NO ES PRESUMIDA NI "NA"!, por Picó.
—Hoy te encuentro guapísima.
—Di más bien, que hoy me encuentras natural.

Hombre es 'D. Juan, que a querer...

—Sentaos, señor hidalgo...
 —Lo mismo digo yo a vos...
 —Bien, sentémonos los dos, pues hemos de contar algo luengo... ¿No es así, Don Juan?
 —Ciertamente así es, Don Luis, aunque yo he estado en un tris de ver truncado mi afán.
 —¿De verdad?

—Como os lo cuento
 —Me intrigáis con la advertencia y ya estallo de impaciencia por oíros...

—Al momento sabréis la historia sencilla que os contaré sin rebozo... Mas bebamos antes.

—¡Mozo!
 ¡Dos chatos de manzanilla!
 —Empezaré, pues, mi historia. Como vos sabéis muy bien, yo soy un gachó fetén —y así lo afirma la historia— para chalar a una dama, pues socia a quien perseguí fué sin dudar para mí, presa de amor en la llama... Y como ya es bien notorio, desde Adán a aqueste día fué el dios de la paganía el dios de Don Juan Tenorio. Pues bien: Aburrido ya de tanta conquista vana, fuí y me dije una mañana: ¿En dónde se encontrará la que a mí me haga sudar tinta para conquistarla? Y me eché al mundo a buscarla por si la podía hallar.

El empeño era algo fuerte.
 —¿Que si era? ¡Ya lo creo!
 —Mas me acompañó la suerte y, al fin, logré mi deseo. Leyendo en *La Libertad* los anuncios hartos amenos la hallé, y era nada menos que Doña Inmoralidad.
 —¡Alto picábais!

—Sí tal, mas era ya mi obsesión añadir ese florón a mi dorado historial... ¡Me faltaba esa conquista —Y lográsteis!...

—Os diré: Mucho y largo trabajé hasta echarle, al fin, la vista. Pues aunque tanto oí hablar de dónde se refugiaba,

por más que la rebuscaba no la podía encontrar. Recorrí mil *cabarets*, las revistas las vi todas, visité tiendas de modas, cines, conciertos, cafés; me metí en vidas privadas, en los más altos salones, en familias, reuniones y hasta en las más desahuciadas esferas. ¡Esfuerzo vano! Ni por bien ni para mal lograba echarle la mano.
 —¡Qué odisea sin igual!
 —Lo más que supe, ¡pardiez!, fué que, a través de un espejo, vieron pasar su reflejo

vagamente, alguna vez.
 —¿Y la hallasteis?

—¡Qué bobada! Hombre es Don Juan que, a querer, no se le resiste nada, y menos una mujer. Al fin logré mis quimeras y la hallé, para sus males... ¡Oculta tras los cristales de un café de camareras!

UN GATO DE LA CORTE.



INGENUA, por Picó.

—Pero, ¿por qué le engañas con su mejor amigo?

—¡Hija! ¿Y yo qué le voy a hacer, si no me ha presentado a otro?

EN DICIEMBRE

VARIETÉ

Anuncios por palabras

¡Oposicionistas! No más estudios penosos para lograr plazas o carreras. Los que queréis ingresar en Prisiones, no tenéis que hacer estudios premiosos; bastará con que afanéis la primer cartera que encontréis a mano y haréis el ingreso sin oposición de nadie.

LA GRAN REVISTA COMICA Y DE ESPECTACULOS

VARIETÉ

VIENE A REGOCIJARNOS

EN BUTEN.

30 CENTIMOS



VÍAS URINARIAS IMPUREZAS DE LA SANGRE DEBILIDAD NERVIOSA

Basta de sufrir inútilmente de dichas enfermedades,
: gracias al maravilloso descubrimiento de los :

MEDICAMENTOS DEL DR. SOIVRÉ

Vías urinarias: **Hemorraja** (purgaciones), en todas sus manifestaciones, **uretritis, prostatitis, orquitis, cistitis, gota militar**, etc., del hombre, y **vulvitis, vaginitis, metritis, uretritis, cistitis, anexitis, flujos**, etc., de la mujer, por crónicas y rebeldes que sean, se curan pronto y radicalmente con los **Cachets del Dr. Soivré**. Los enfermos se curan por sí solos, sin inyecciones, lavados y aplicación de sondas y bujías, etc., tan peligroso siempre y que necesitan la presencia del médico, y nadie se entera de su enfermedad. **Venta: 5'50 ptas. caja.**

Impurezas de la sangre: **Sífilis** (avariosis), **eczemas, herpes, úlceras varicosas** (llagas de las piernas) **erupciones escrofulosas, eritemas, acné, urticaria**, etc., enfermedades que tienen por causa humores, vicios o infecciones de la sangre por crónicas y rebeldes que sean, se curan pronto y radicalmente con las **Píldoras depurativas del Dr. Soivré**, que son la medicación depurativa ideal y perfecta porque actúan regenerando la sangre, la renuevan, aumentan todas las energías del organismo y fomentan la salud, resolviendo en breve tiempo todas las úlceras, llagas, granos, forúnculos, supuración de las mucosas, caída del cabello, inflamaciones en general, etc., quedando la piel limpia y regenerada, el cabello brillante y copioso, no dejando en el organismo huellas del pasado. **Venta: 5'50 ptas. frasco.**

Debilidad nerviosa: **Impotencia** (falta de vigor sexual), **poluciones nocturnas, espermatorrea**, (perdidas seminales), **Cansancio mental, pérdida de memoria, dolor de cabeza, vértigos, debilidad muscular, fatiga corporal, temblores, palpitaciones, trastornos nerviosos de la mujer** y todas las manifestaciones de la **Neurastenia** o agotamiento nervioso, por crónicos y rebeldes que sean, se curan pronto y radicalmente con las **Grageas potenciadoras del Dr. Soivré**. Más que un medicamento son un alimento esencial del cerebro, medula y todo el sistema nervioso. Indicadas especialmente a los agotados en la juventud, por toda clase de excesos (viejos sin años), para recuperar íntegramente todas sus funciones y conservar hasta la extrema vejez, sin violentar el organismo, el vigor sexual propio de la edad. **Venta: 5'50 ptas. frasco.**

VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DE ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICAS

NOTA.—Todos los pacientes de las vías urinarias, impurezas de la sangre o debilidad nerviosa, dirigiéndose y enviando 0'50 ptas. en sellos para el franqueo a **Oficinas Laboratorio Sokatarg, calle Ter, 16, teléfono 564 S. M. Barcelona**, recibirán gratis un libro explicativo sobre el origen, desarrollo, tratamiento y curación de estas enfermedades.



—¡Olé las mujeres dejando la ropa como la nieve!
¡Si usted se casara conmigo iba a labá más pañales...!



ANDREE SAYRE

Que ha sido elegida por la First National para un *role* importante en la película *Confetti*.

(Fot. de la Fox Film.)



MARGARET LIVINGSTON

La genial *estrella* del cinematógrafo, en la graciosa cinta titulada *Esclavas de la belleza*.

(Fot. Fox-Film.)

La EDITORIAL 1927 (apartado de Correos número 8.032) pondrá a la venta el día 2 de diciembre el primer número de la revista cómica y de espectáculos

V A R I E T É

130 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA!

Imp. Zoila Ascasibar y C.^a — Martín de los Heros, 65

Biblioteca Regional de Madrid